Seix Barral

Mikael Niemi

Cocinar un oso

Seix Barral Biblioteca Formentor

Mikael Niemi
Cocinar un oso

Traducción del sueco por
Martin Lexell y Mónica Corral Frías

Título original: *Koka björn*

© Mikael Niemi, 2017
Publicado de acuerdo con Hedlund Agency
© por la traducción, Martin Lexell y Mónica Corral Frías, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Este libro se ha publicado con la ayuda del Swedish Arts Council

Primera edición: junio de 2019
ISBN: 978-84-322-3529-0
Depósito legal: B. 11.709-2019
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Me despierto en un vasto silencio. El mundo espera a ser creado. La oscuridad y el cielo me envuelven. Mis ojos, como dos pozos, se dirigen al espacio, pero allí no hay nada, ni siquiera aire. En medio de la quietud, mi pecho empieza a temblar y a estremecerse. Las sacudidas son cada vez más fuertes, algo que crece ahí dentro amenaza con salir. Fuerza mis costillas como si fueran barrotes de una jaula de madera. No hay nada que yo pueda hacer. Sólo rendirme ante este terrible poder, como un niño que se arrastra por el suelo bajo un encolerizado padre. Nunca se sabe dónde caerá el próximo golpe. Y soy yo el niño. Soy yo el padre.

Antes de que el mundo se haya creado del todo, salgo con premura al amanecer. En la espalda llevo mi cuévano de piel; en la mano, el hacha. Me detengo a una distancia prudente del establo y busco refugio en la linde del bosque. Finjo estar ocupado con mi vestimenta por si alguien me descubre y empieza a preguntarse qué hago allí, desato y ato de nuevo la cinta que sujeta las cañas de mis botas una y otra vez, sacudo la gorra para quitar unos piojos invisibles y hago como si los echara a los ácidos de un

hormiguero. Sin perder de vista la casa en ningún momento. El primer humo de la mañana se alza por la chimenea revelando que sus habitantes se han levantado. Y de pronto sale. En sus manos se balancean dos cubos vacíos. El pañuelo que le cubre la cabeza brilla blanco como la perdiz de las nieves al alba, y el rostro es un luminoso redondel con ojos claros y cejas oscuras. Intuyo la suavidad de las mejillas y de los pequeños labios rosados, a los que oigo canturrear tímidamente, formando pequeñas y delicadas palabras. Cuando abre la pesada puerta del establo y se cuela dentro, las reses ya están atentas y mugen impacientes, con las ubres matutinas tensas. Todo ocurre muy rápido, demasiado rápido. Intento aguzar mis sentidos para conservar la imagen y poder evocarla cuando quiera. Y aun así no será suficiente, he de poder verla mañana también. Las caderas que se mecen bajo el delantal, la suave redondez del pecho, la mano que agarra la aldabilla de la puerta. Me acerco sigilosamente, atravieso el terreno que me separa del establo medio corriendo, como si fuera un ladrón, y al llegar a la puerta me detengo. Cierro la mano en la aldabilla. Mi nervuda y desollada mano donde la suya, pequeña y suave, acaba de estar. Esos dedos que ahí dentro agarran unas grandes ubres dejando que chorros blancos azoten los cubos de leche. Durante un instante tiro de la aldabilla como si pensara entrar; sin embargo, me doy la vuelta y me marcho a toda prisa, temeroso de que me vean. Pero guardo en mi mano durante el resto del día el calor de su piel.

2

A la hora de comer siempre espero hasta el final. Permanezco escondido en el rincón cuando la mujer del párroco deja la pesada olla de gachas en la mesa. Negra como la muerte por fuera, humea como recién sacada de las llamas del infierno, pero dentro las gachas brillan claras y doradas, una crema algo granulada que se pega en el cucharón de madera. Brita Kajsa las remueve con la ancha espátula, hundiéndola hasta el fondo antes de volver a subir y romper la fina capa que se ha formado arriba, y al poco tiempo aromas de paja y polen invaden hasta el último rincón de la casa. Los niños y los criados están sentados esperando. Veo una fila de rostros pálidos, una silenciosa pared de hambre. Con gesto adusto coge los cuencos y empieza a repartir, grandes cucharadas a los mayores y porciones más pequeñas a los jóvenes. Luego sirve a los criados y a los visitantes que han pasado a verlos, todos reciben su ración. Ahora las cabezas bajan y los dedos se entrelazan encima del tablero de la mesa. El pastor aguarda hasta que todo se ha calmado antes de inclinar la cabeza él también y, con profundo sentimiento, dar gracias por el pan nuestro de cada día. Después se come

en silencio. Sólo se oyen el discreto mascar de las bocas y las lametadas en las cucharas de madera. Los mayores piden más y su petición es atendida. Se parte el pan y con dedos ágiles los comensales dan cuenta del frío lucio cocido mientras las raspas del pescado se van alineando en la mesa como agujas resplandecientes. Cuando todos están a punto de terminar, el ama de la casa echa casualmente un vistazo hacia el rincón en el que me encuentro.

—Ven tú también a comer.

—No importa.

—Ven aquí y siéntate. Niños, hacedle sitio a Jussi.

—Puedo esperar.

También el maestro se vuelve hacia mí. Tiene la mirada vidriosa, no sólo veo el dolor que hay en ella sino su lucha por ocultarlo. Basta un breve movimiento de su cabeza para que vaya silenciosamente hasta la mesa. Acerco mi *guksi*,[1] el que hice con mis propias manos allí arriba en Karesuando y que me ha acompañado toda la vida. Al principio era blanco como la piel de un niño de pecho, pero con el tiempo ha ido oscureciéndose por el sol, las sales y los enjuagues en miles de aguas. Siento el peso en mi *guksi* cuando el ama vacía el cucharón en él antes de empezar a raspar las paredes de la olla para recoger más, pero entonces ya he vuelto a sentarme en mi rincón con las piernas cruzadas. Engullo las viscosas gachas ya templadas, como mi boca. Saben a cebada y las siento deslizarse por la garganta hasta acabar rodeadas por los músculos del estómago. Allí se convierten en fuerza y calor que me ayudan a vivir. Me alimento igual que los perros, voraz y alerta.

1. Cucharón de madera de abedul hecho a mano típico del pueblo sami. *(N. de los t.)*

—Ven a por más —me anima el ama.

Pero sabe que no me voy a mover. Sólo como una vez. Acepto lo que se me da, nunca pido más.

El *guksi* está vacío. Paso con delicadeza el dedo pulgar por sus redondeadas paredes y lo lamo hasta que queda limpio. Dejo que se deslice en mi bolsillo. Es el *guksi* el que me da de comer, es el que atrae lo que haya para llenar el estómago. Muchas veces he estado a punto de desplomarme por culpa del hambre y el agotamiento, pero si en esos momentos he sacado el *guksi*, éste se ha llenado con una cabeza de pescado. O con sangre de reno. O con bayas heladas de la ladera de la montaña. Así, sin más. Y yo he masticado y he recuperado las fuerzas. A uno se le proporciona lo necesario para sobrevivir otro día. No espero más, es así como he salido adelante. Es por eso por lo que me he sentado en el suelo. Jamás me envalentonaría para exigir, arrebatar las cosas como el cuervo ni bufar como el glotón. Antes me aparto. Si nadie me ve, me quedo entre las sombras. Pero el ama me ve. Aunque no pido nada, me sirve igual, con esa consideración y parca amabilidad que tiene y que muestra con todos los seres, ya sean vacas o perros. Todo lo que vive debe vivir. Más o menos así.

Puedo desaparecer en cualquier momento. Así es el caminante. Ahora estoy aquí y al instante siguiente allí. Me pongo de pie, agarro el morral y echo a andar. Sin más. Cuando eres pobre, puedes vivir así. Llevo encima todo lo que poseo. La ropa que cubre mi cuerpo, el cuchillo que cuelga del cinturón. El yesquero y el *guksi*, la cuchara de cuerno de reno, la bolsa con sal. Mis cosas apenas pesan. Soy ligero y de pies rápidos, antes de que me echen

de menos ya me encuentro en otro valle. Sin dejar rastro. No más que el que deja un animal. La hierba y el musgo que piso vuelven a levantarse al poco tiempo, y cuando enciendo fuego me valgo de lugares que ya se han usado, para que mis cenizas se sobrepongan a las de otros y así se vuelvan invisibles. Hago de vientre en el bosque, levanto un terrón y después lo devuelvo a su sitio. El próximo caminante puede apoyar el pie justo encima sin advertir nada, sólo el zorro es capaz de intuir un débil olor humano. En invierno mis esquíes abren pistas sobre el suave cielo de la nieve, avanzo volando a un par de palmos de la superficie y con la llegada de la primavera cualquier rastro de mis bastones se derrite y desaparece. El hombre puede vivir así, sin devastar ni dividir. Sin existir en realidad. Sólo siendo como el bosque, como el follaje del verano y la hojarasca otoñal, como la nieve del invierno y los innumerables brotes que se abren con el sol primaveral. Y luego, cuando uno al final desaparece, es como si nunca hubiera pisado la tierra.

3

Mi maestro sufre. Veo sus labios crisparse, sorber y chasquear en torno a unas palabras que se resisten a nacer. Sus enemigos se acercan cada vez más, no pasa ni un solo día sin nuevos golpes y burlas. Y lo único de lo que puede echar mano para defenderse es su pluma. La blande contra las espadas y las porras, pero las palabras se resisten a aparecer. Quiero golpearme, pellizcarme fuerte para liberarlo. Hacer lo que sea para que la luz entre de nuevo en él. Podría haber sido mi padre. Pienso en él de esa manera, pero cuando en una ocasión se lo insinué, lo invadió la ira y entonces entendí que la mejilla del maestro se calienta y la aparta. Me dejo caer en la jarapa como un perro. Espero fiel, puedo quedarme tumbado con el hocico sobre la pata durante horas, preparado para acompañarlo en cualquier momento.

Los años de profundas reflexiones han dejado huella en su frente. Está sucia, quizá de jugo de tabaco, quizá del hollín de la mecha del quinqué. El pelo largo le cae en mechones grasientos que de vez en cuando echa hacia atrás como cuando uno pasea por el bosque y aparta las ramitas que le molestan. En solitario se abre camino en-

tre sombras y terrenos pantanosos cubiertos de maleza por donde nadie antes ha caminado. Pero no está del todo solo. Yo lo sigo, en silencio, avanzo con el hocico en su rastro, sigo el cuero embreado de sus botas laponas, el crujido de la paja de relleno dentro de ellas, la lana mojada de las perneras. Él se adentra desafiante en terrenos desconocidos, pero yo nunca lo pierdo de vista. Con el estómago vacío, pero no me quejo. Como una sombra voy detrás de él, pegado a sus talones.

Durante una de nuestras caminatas, nos sentamos a descansar junto a un manantial de agua fría. Mientras saciábamos nuestra sed, me observaba de reojo, pensativo.

—¿Cómo se convierte uno en buena persona? —preguntó al final.

Yo no era capaz de contestar.

—¿Cómo se convierte uno en bueno, Jussi? —insistió—. ¿En qué consiste ser buena persona?

—No lo sé —balbuceé.

El maestro continuó con sus ojos fijos en mí, irradiaba una luz intensa, un ardor.

—Pero míranos a los dos, Jussi. Mírate a ti y mírame a mí. ¿Quién de los dos dirías que es bueno?

—Usted, mi maestro.

—No me llames maestro cuando estamos en el bosque.

—Quiero decir... pastor.

—¿Y por qué?

—Porque el pastor es párroco. Usted nos administra la palabra de Dios, puede administrarnos el perdón de Dios por nuestros pecados.

—Pero eso es mi oficio. ¿Sólo el oficio puede convertir a una persona en buena? ¿Y no hay pastores malvados?

—No, no, eso es imposible.

—Párrocos que beben. Que llevan una vida lujuriosa. Que pegan a sus mujeres hasta dejarlas medio muertas. Te puedo asegurar que he conocido a unos cuantos.

No contesté. Fijé la vista en el humeante hongo yesquero que habíamos prendido para ahuyentar los enjambres de mosquitos.

—Mírate a ti, Jussi. No tienes gula. No bebes.

—Pero eso es porque soy pobre.

—No hablas sobre ti con palabras altisonantes. Si se ofrece algo, eres el último en acercarte, rechazas los elogios que se te dispensan.

—No, no lo hago, pastor, es sólo que...

—A menudo ni siquiera me doy cuenta de que me acompañas. Tengo que darme la vuelta para asegurarme. Eres tan silencioso que desapareces. Siendo así, ¿cómo se puede ser malo?

—Pero el pastor hace muchas más cosas buenas.

—¿Y eso viene de Dios, Jussi? Piénsalo, piénsalo. ¿Acaso no será sólo el diablo de la ambición que me susurra al oído? ¿Que me tienta con las ostentaciones y las aclamaciones mundanas? A mi muerte espero que la gente me recuerde como un hombre importante. Mientras que tú, Jussi, vas a ser borrado como una sombra que nunca ha existido.

—Yo estoy contento con lo que he recibido.

—¿De verdad?

—Sí.

—Eso es lo que te hace bueno. Eres el alma más bella y más amable que he conocido.

—No, pastor...

—Que sí, Jussi. Pero espera. Escúchame bien. ¿Te convierte eso en una buena persona?

—Yo no pienso así.

—No, quizá sólo te lo dicta tu naturaleza. En el fondo, tú y yo somos muy diferentes en nuestra forma de ser. Y por eso nos comparo tan a menudo. ¿Quién de nosotros sigue el camino correcto? ¿Cómo debemos vivir realmente? Hago muchas cosas buenas, es verdad. Pero también causo daño, me granjeo enemigos, hiero a mis adversarios y los pisoteo. Mientras que tú pones la otra mejilla.

Vio que me disponía a protestar y alzó la mano.

—Espera, Jussi. ¿Eso te convierte en bueno? ¿Es eso lo que el Creador quiere?

Durante un buen rato me quedé observando un tábano que con brillantes y verdosos ojos de mosca ascendía por la pernera del maestro. Intentaba en vano picar a través de la tela.

—Yo te enseñé a leer, Jussi. Tomas prestados mis libros, progresas. Veo que piensas, ¿pero qué haces con tus pensamientos? Si alguien se enfrenta contigo, te apartas, simplemente agarras tu morral y te marchas. Huyes hacia el norte, a las montañas. ¿Es así como debemos afrontar la locura del mundo? Piénsalo, Jussi. ¿Haces bien en no oponer nunca resistencia?

—Yo, miserable gusano y caminante.

El maestro no pudo reprimir una sonrisa cuando cité su salmo favorito.

—Eres observador, Jussi. Me he dado cuenta de eso, estudias el mundo que te rodea, ¿a que sí?

—Sí, pero...

—Quieres entender cómo están hechos el mundo y los hombres. ¿Pero administras bien tu talento? Ésa es mi pregunta, Jussi. ¿Qué haces para combatir el mal del mundo?

Fui incapaz de contestar. Tenía un nudo en la garganta, me sentí injustamente culpado, me asaltó el impulso de salir corriendo y dejarlo a su suerte. Pronto estaría fuera de su alcance. Él advirtió mi sufrimiento. Se inclinó sobre mí y me puso la mano en el brazo. De ese modo me impidió huir. Me sujetó la pata con una cuerda como si fuera un gorrión batiendo furiosamente sus alas.

Fue el pastor quien me enseñó a ver. Me enseñó que el mundo a nuestro alrededor puede cambiar según cómo se mire. Yo había crecido caminando por valles y bosques de abedules, atravesando pinares y chapoteando por bamboleantes terrenos pantanosos. Este paisaje era el mío, lo conocía a fondo, esta árida tierra norteña con sus riberas pedregosas y sus serpenteantes senderos de animales.

Sin embargo, apenas había visto nada.

Recuerdo cuando el pastor me llevó en una de sus *excursiones*. Yo portaba el cuévano lleno de comida y material de dibujo y montones de grueso papel gris, y recorrimos una distancia considerable. Al atardecer acampamos en un *lehto*,[1] rodeados de un húmedo mosaico de turberas. Los dos estábamos cansados, yo hice fuego y empecé a preparar el lugar para la noche. Él partió el pan y cortó en tiras finas la carne curada mientras recuperábamos fuerzas sentados en unas ramitas de abeto. Los mosquitos zumbaban y picaban. El pastor me ofreció aceite de alquitrán, pero yo arranqué un puñado de pequeñas hojas de un tallo que tenía a mi lado, las pulvericé y me froté las manos con eso. Desprendía un aroma intenso y los insectos se apartaban.

1. Bosquecillo, arboleda, en finés en el original. *(N. de los t.)*

—Té de labrador —dijo.

—¿Qué?

—La planta con la que te has frotado las manos. *Ledum palustre*.

—*¿Ledum...?* —murmuré.

El pastor se puso de pie, con pasión en la mirada.

—¡Acompáñame!

Dejamos nuestros cuévanos en el campamento. El pinar se inclinaba y al bajar enseguida se transformaba en un terreno cenagoso de pisada tambaleante. Me di cuenta de que el maestro se impacientaba, pues apretó el paso, el cuello se le encorvó y los ojos se le movían en todas las direcciones.

—Llevo mucho tiempo queriendo visitar este jardín —dijo—. Y por fin estoy aquí delante de toda su riqueza.

Yo miré. Era sólo una turbera. Extensa y húmeda.

—¿Qué ves, Jussi?

—Nada.

Se dio media vuelta, sonreía.

—¿Nada? ¿Y todo esto?

—Hierba.

—No, Jussi. No es hierba. Es cárex.

—Vale, cárex. Bueno, entonces veo cárex.

Inspiró hondo y se volvió hacia el terreno pantanoso. Comprendí que era allí adonde nos dirigíamos. Estábamos a principios de julio y todavía había aguas altas. Llevábamos ropa que nos cubría todo el cuerpo y bufandas enrolladas alrededor del cuello para protegernos contra esa nube de insectos carnívoros que se incubaba en cada charca.

—Desde este punto veo más de una decena de especies, Jussi. Y ahora sólo estoy hablando de cárex. Y luego el sauce. *Salix*, esa familia tan enigmática. ¿Te das cuenta de cuántas especies hay? ¿Las ves?

—No.

—¡Y mira allí! Ésas las examinaremos más detenidamente mañana, ¡mira cómo brillan!

—¿Se refiere el pastor a las flores?

—Orquídeas, Jussi. Orquídeas aquí en nuestras ásperas tierras norteñas. ¡Mira ahí, justo delante de ti!

Bajé los ojos. Un pequeño tallo se levantaba junto a mi pie, había estado a punto de pisarlo.

—Mira bien, Jussi, inclínate. Una *Orchis*. La flor es irregular, tiene seis pétalos con un labelo.

El tallo estaba lleno de esas flores de color rosa oscuro. Sostuvo con mucho cuidado el tallo entre sus dedos. Me arrodillé para poder ver bien.

—Más cerca, Jussi, más cerca. Y ahora siente el perfume.

Acerqué la ventanilla de mi nariz todo lo posible e inspiré hondo. Durante un instante se percibió un dulzor débil, apenas perceptible, y enseguida desapareció.

—¿Lo has sentido? ¿Has sentido algo?

—Sí...

—Creo que así es como huele Dios.

Donde antes sólo había visto árboles, hierba y musgo me encontré ahora con una riqueza inmensa. Mirara donde mirara me esperaban nuevos descubrimientos. Y todo podía nombrarse e introducirse en su propia página dentro del enorme diccionario divino. Observar las diferencias y variaciones en cada planta, por pequeña que fuera, me pareció milagroso. Descubrir con una lupa de cristal que el tallo estaba cubierto por pelillos plateados, que los bordes de las hojas tenían forma serrada, ondulada o dentada, y que estas características no eran casuales sino

propias, cada una de ellas de una especie concreta de la creación.

El pastor explicaba que todas las plantas estaban divididas en géneros y familias. Las plantas monocotiledóneas tenían nervaduras que se extendían en paralelo como en las hierbas o los lirios, mientras que las plantas dicotiledóneas tenían una nervadura principal central desde donde salían las nervaduras secundarias, como en las hojas del abedul. Explicaba por qué ciertas plantas eran tan vistosas, con unas inflorescencias de lo más coloridas, como la corona del nenúfar o los racimos de adelfilla. Eran éstas las que los insectos polinizaban. Otras flores apenas se veían, como las formas grises o verdosas del aliso o de la hierba, que dispersaban nubes de polen con la ayuda del viento. Las flores con cuatro pétalos se llamaban *Cruciferae*, las de agrupaciones racimosas, *Umbelliferae*, y había también las de disposición en capítulo, y las leguminosas, con su apariencia de mariposa. El pastor podía detenerse con actitud reverencial al descubrir un paúl rico en flores y quejarse entre suspiros de que la vida era demasiado breve, demasiado escasa para abarcar todo eso, antes de dejarse caer de rodillas y sacar su lupa ante algún tallo minúsculo que acababa de descubrir.

Fue el maestro quien me enseñó el secreto de la memoria. Los conocimientos se asentaban mejor a través de los ojos. Cuando acababas de cruzarte con una planta que no habías visto nunca, primero tenías que rodearla para contemplarla desde todos los ángulos. Después había que inclinarse para examinar detenidamente cada una de las partes de las hojas, el nudo que une la hoja con el tallo, la forma de éste, los sépalos, el color del polen; se trataba de observar bien hasta el más mínimo detalle. De esa mane-

ra guardabas una imagen en tu interior. Y la siguiente vez que te cruzaras con la misma planta, aunque hubieran pasado diez años, reconocerla te llenaría de alegría. Más complicados eran los nombres, todo ese latín, y para ello me servía de la insistencia. Al enterarme, por ejemplo, de que la blanca y frondosa reina de los prados se llamaba *Filipendula ulmaria*, intenté repetir ese nombre docenas, bueno, centenares de veces, y sin embargo podía esfumarse de mi memoria tan sólo una o dos horas más tarde.

Tras muchas caminatas con el pastor, mi manera de ver cambió. Las plantas y los árboles se convirtieron en amigos, en individuos que reconocía como seres vivos. «Anda, así que aquí estás, tomando el sol. Y, mira, aquí están tu hermano y tu hermana.» Cuando llegaba el verano sentía la alegría del reencuentro, estaba deseando volver a ver todas las hierbas, y aprendí cuándo florecían. Como las plantas me resultaban familiares, mi mirada se aguzaba ante cualquier alteración. En medio de un húmedo bosque de pinos podía encontrarme con algo nuevo y desconocido. Antes lo habría pisado sin dedicarle ni un solo pensamiento, pero ahora me detenía y lo señalaba. El pastor asentía contento con la cabeza.

—*Corallorhiza trifida* —dijo—. Raíz de corral. No demasiado común tan al norte. Bien, Jussi, muy bien.

Con las mejillas ardiendo por su cumplido, me acuclillé para estudiar de cerca la planta. Reconocí la típica forma de orquídea con sus seis pétalos y la peculiar figura del labelo, y empecé mis repeticiones: *Corallorhiza trifida*, *Corallorhiza trifida*...

Pronto se convertiría también en mi amiga.